

Prólogo

Leí *Vieja escuela* y me impresionó. La novela transcurre en el departamento de Literatura de una universidad norteamericana y gira en torno a un robo: un estudiante se apropia del relato que una muchacha ha publicado en la revista de una universidad femenina y lo manda a un certamen literario como si fuera suyo. Gana el certamen, por supuesto, el robo es descubierto tiempo después y el muchacho castigado con la expulsión de la universidad. Ha mentado, ha robado, ha plagiado, ha saboreado una gloria inmerecida y debe pagar por ello. Pero, así como los responsables del departamento de Literatura no dudan ni un instante de que el muchacho haya cometido un delito, el lector... La verdad es que el lector (o al menos esta lectora en particular) no tiene las cosas tan claras. Puede que yo pertenezca a un género de lectores bastante impío. Puede que mi conciencia moral sea más laxa que otras en ciertas cuestiones. Pero no carezco de argumentos que apuntalen mis dudas. Y son éstos: cuando el futuro ladrón lee el relato por primera vez, queda profundamente deslumbrado. No es sólo que él hubiera deseado escribir ese relato, o que quizá sea ése el que lleva años tratando de escribir, sino que siente que habla de él mismo. Que ese relato lo retrata de forma tan misteriosamente certera, inapelable y definitiva como él quizá jamás sea capaz de hacerlo. Que, en resumidas cuentas, hay en esas páginas una honda y perturbadora verdad que alumbra su esencia más íntima y recóndita. El relato cuenta con asombrosa precisión quién es él. Narra SU historia y ninguna otra. Es la suya. Su esencia por fin revelada.

Que sea otra persona (una chica además) la autora parece un accidente tan extraño como absurdo, una de las asombrosas irregularidades en que tan pródiga es la existencia. Se le han adelantado, pero él puede subsanar el error. Puede y, por supuesto, va a hacerlo. Y, mientras reescribe el relato de su puño y letra, llevando a cabo unos ligeros retoques (antes era una chica quien narraba en primera persona y ahora será un chico, por ejemplo), el estudiante se apodera realmente del texto, lo hace suyo, no sólo para fingir ante otros que lo ha escrito él, sino (palabras textuales) para «descubrir lo que se siente al escribir un relato tan bueno». Para, en suma, vivir la experiencia inolvidable de haberlo escrito. ¿Se atreve alguien de verdad a condenarlo después de saber eso?

Así es como *Vieja escuela* vino a confirmar mi vieja sospecha de que no siempre es fácil determinar de quién son las cosas. ¿No habíamos quedado en que la propiedad privada encubre siempre algún tipo de robo? Si los olivos de Jaén son del señorito que los heredó de su padre y no del aparcerero que los cultiva día a día, si los medios de producción no son de quien trabaja, sino de quien, desde la cumbre de la pirámide, goza de los mayores beneficios, ¿alguien se atreve a decir sin asomo de dudas que un relato no pertenece a aquel que se siente íntima y profundamente revelado por él? Y, por otro lado, ¿no es siempre de otro la paternidad de una idea? ¿Quién puede estar seguro de ser el legítimo propietario de todas sus ideas? Nuestra presunta originalidad ¿es algo más que un espejismo provocado por una supina ignorancia? Cuando yo escribo un cuento, una novela o un poema, ¿cómo puedo estar segura de que no se me ha adelantado nadie? ¿Cómo me atrevo a firmar el cuento o el poema, constituyéndome así en autora, antes de investigar a fondo la suma de todos los manuscritos que alguna vez se escribieron (la mayor parte de los cuales jamás vieron la luz o han sido destruidos u olvidados) para cerciorarme de que nadie se me haya ade-

lantado en algún período de la Historia? Desde ese punto de vista, ¿no podría suceder que bajo casi cualquier afirmación de autoría hubiera un latrocinio y que, sin saberlo, la mayor parte de quienes nos proclamamos autores seamos usurpadores? ¿No podría ser, además, que quien repite una obra preexistente (como ya sucediera en el curioso y célebre caso de Pierre Menard, autor de *El Quijote*) enriquezca y mejore el original?

Nuestra época, además, ha visto surgir la figura del comisario de arte. Por comisario de arte se entiende un individuo que selecciona determinada cantidad de obras firmadas por distintos artistas y las expone bajo la égida de su propio nombre (es decir, el del comisario). Pese a no ser el autor de las obras que exhibe, casi todo el mundo conviene hoy en día en que el comisario es a su vez un artista (o por lo menos una clase de artista de nuevo cuño), pues utiliza una serie de obras preexistentes para articular un discurso propio y ofrecer su peculiar mirada sobre el arte y el mundo, discurso y mirada que quedan automáticamente incorporados a la historia del arte y modifican cualquier mirada y discurso posteriores de los otros artistas, con obra propia o ajena, lo que viene a cuestionar todavía más el concepto de autoría y a nublar las pocas certezas que pudiéramos concebir en nuestra obtusa ignorancia.

Entonces, yo me pregunto: si el comisario de arte «pide prestadas» una serie de piezas que él no ha hecho (aunque quién sabe si no las soñó antes de que las concibieran los propios autores), pero que se corresponden a la perfección con su idiosincrasia y sensibilidad, y si por otro lado admitimos que un relato escrito por otra persona puede retratarnos de forma más íntima y reveladora que aquellos que escribimos nosotros (y que por esa misma razón nos pertenecen quizá más que los que han salido de nuestra propia mente y que, al menos en lo que a mí respecta, yo cedería muy gustosa a aquellas personas

que se identifiquen con ellos más de lo que lo hago yo), ¿no es hasta cierto punto lícito el robo de relatos ajenos? ¿No deberíamos defender y saludar esa clase de robo como una forma nueva de arte?

De todas estas dudas y preguntas nace el presente libro. Ninguno de los relatos que incluyo es originalmente mío, aunque todos podrían haberlo sido y, en cualquier caso, publicarlos aquí con mi nombre y un título casi siempre de mi cosecha suponga apropiármelos de forma definitiva.

Siempre he encontrado sorprendente la frecuencia con que algunos colegas repiten el tópico de «Escribo los libros que me gustaría leer» cuando son entrevistados (¿quién sería, por cierto, el primero que dijo semejante sandez?). Los relatos que ofrezco aquí a los lectores son en todo caso cuentos que a mí me gustaría haber escrito. Y no me cabe la menor duda de que habría escrito algunos de ellos si otros no lo hubieran hecho antes. En cuanto a las circunstancias en que cayeron en mis manos y a la identidad de sus autores, este volumen incluye, antes de cada relato, un breve prólogo que trata de satisfacer en la medida de lo posible la curiosidad del lector. Y digo en la medida de lo posible porque, por desgracia, tanto las circunstancias como la identidad del autor son en ciertos casos absolutamente inconfesables.